

## SANTA ROSA: CAMINO DE SANTIDAD

*Lic. Rosa Carrasco Ligarda*

*Docente del Departamento de Educación*

Lima era una ciudad que crecía con pujanza en la segunda mitad del siglo XVI. El damero de lo que hoy es el Centro de Lima estaba diseñado con precisión con la Plaza Mayor, la catedral, el Palacio Virreinal y las casonas de los conquistadores. Crecía también con pujanza una población católica que iniciaba y fundaba conventos de religiosos que emergía como un ensueño a las costas del Pacífico. Para esta época numerosas damas piadosas habían fundado los monasterios de la Encarnación en 1561, La Concepción en 1573 y la Santísima Trinidad en 1579. A diferencia de los conventos iniciados por mujeres laicas que se encontraban en Lima, los monasterios de varones se creaban por obra de religiosos que venían de España. En este ambiente florecía la santidad de un Francisco Solano en la Recoleta de Nuestra Señora de los Ángeles, de un Diego Martínez en el Colegio de San Pablo de la Compañía de Jesús, de un Juan Masías en la Recoleta Dominica de Santa María Magdalena y un Martín de Porres en el convento de Santo Domingo, de un Luis López de Solís en el convento agustino de Nuestra Señora de la Gracia, un fray Gonzalo Díaz de Amarante en el de San Miguel de la orden de la Merced y un Toribio Rodríguez de Mogrovejo en el solio arzobispal. Todos ellos con un espíritu de perfección religiosa

y grandes méritos, por lo cual algunos fueron elevados a los altares. Este ambiente estimulaba la piedad y la participación de la población en ceremonias religiosas.

Es en este ámbito, donde un 20 de abril de 1586 nace en Lima una niña a quien llamaron Isabel Flores, ella sería santa Rosa de Lima. Desde Leonardo Hansen, uno de sus biógrafos más importantes, se había repetido que el día de su nacimiento era el 30 de abril, pero esa nueva fecha se basa en el testimonio de la madre de Rosa de Santa María y en el de fray Pedro de Loayza, uno de sus confesores en el proceso apostólico que se levantó a unos meses del fallecimiento de la Santa.

Sobre la llegada al mundo de Rosa, flor inmaculada de santidad, el poeta José Gálvez escribió en sus **Estampas limeñas**:

*Pasan los años por el mismo lar  
de la flor consagrada y primorosa,  
Una niña nació para encarnar  
la santidad de la rosa.*

Rosa era hija de Gaspar Flores, español que nació en Baños de Montemayor, según lo demuestra Ramón Hernández Martín, y no en Puerto Rico como se ha mantenido, y una criolla que nació en Lima, María Oliva. Él era algo mayor,

pues tenía 52 años, en cambio ella muy joven tenía 18 años. Gaspar Flores de Oliva se había vecindado en Lima desde 1548 donde llegó a ser suboficial de arcabuceros de la guardia virreinal y María de Oliva era mujer, que como todas las de su época, se dedicaba a las tareas del hogar. Tuvieron trece hijos y al parecer algunos fallecieron pronto, se conoce los nombres de algunos: Hernando nacido en 1584, Francisco en 1590, Juana en 1592, Andrés, Gaspar y Antonio.

Rosa fue bautizada muy pronto, el 25 de mayo de 1586, con el nombre de Isabel en honor a su abuela. Pero este apelativo no había de llevarlo mucho tiempo, cuando tenía unos tres meses, Mariana una niña india que la estaba mecendo para que se durmiese, le destapó el rostro que lo tenía cubierto con un lienzo para ver si ya se había dormido y lo vio tan hermoso que llamó a otras niñas que ahí estaban y a doña María Oliva, todas vieron con asombro que el rostro de la pequeña estaba, según palabras de su madre, como si "hubiesen puesto su cabecita sobre una rosa muy grande de un color encendido", quien exclamó alborozada: "Hija a partir de ahora no vas a escuchar otro nombre sino Rosa". El Conde de la Granja en su poema a Santa Rosa escribió sobre este episodio:

*A los tres meses de edad florida  
en que pudo contar siglos de  
hermosura,  
una rosa del cielo desprendida  
el rostro la rondó cual mariposa.*

Parece que el nombre de Rosa causaba alguna extrañeza porque nadie lo llevaba, tal es así que Hernando, el más entrañable de los hermanos de Rosa, le dijo en cierta oportunidad: "Hasta el nombre te pusieron por hacerte burla. Porque no hay quien se llame Rosa sino tú". Por su parte, a Rosa la entristecía que la llamasen con un apelativo que estaba relacionado con la belleza, hasta que un confesor le dijo que no tenía por qué afligirse ya que "su alma era una rosa de Nuestra Señora, que la había puesto en su cuerpo para que la guardase y que procure conservarla con la hermosura de la gracia" (según testimonio de su madre). Luego de esa confesión se hincó ante la imagen de la Virgen y le ofreció su nombre y desde entonces pedía a todos que la llamasen Rosa de Santa María. Según uno de sus biógrafos, Rosa de Santa María "era de peregrina hermosura, con brío y gala, de talle bien dispuesto. El rostro ovalado, sereno y apacible: cabello rubio abundante, ojos negros y grandes, frente despejada, cejas arqueadas y cordoneadas. Mejillas rosadas, barbilla prominente, blancas manos, pequeñas y bien torneadas y regular estatura". Se conserva un retrato de uno de los pintores más renombrados de la época en Lima, del italiano Angelino Medoro, quien conoció a la santa y la pintó en el lecho de su muerte.

Rosa de Santa María orientaba todo su quehacer a incrementar la belleza de su vida espiritual, desdeñando todo trato mundano. Esta inclinación por la mística la desarrolló desde niña y fue estimulada por la educación y el ejemplo de sus padres en su propio hogar. Es en ese ambiente donde escuchó narraciones sobre algunas vidas de santos que habían hecho la promesa de seguir la fe desde pequeños, incentivada con ese ejemplo a los cinco años prometió a Dios ofrecerle su vida, de esta manera se dedicaba constantemente a la oración y empezaría a realizar algunos sacrificios y mortificaciones mientras otros niños jugaban.

La vida de Rosa se desenvolvía en medio de piedad y oración, su carácter sencillo y su paciencia y entereza en el dolor sorprendía por ser tan pequeña. Su hogar vivía con gran estrechez económica y cuando tenía alrededor de doce años su padre consiguió un trabajo a unos 60 kilómetros de Lima, en un obraje en Quive (Quives actualmente), permanecieron allí cuatro años. Durante una visita del arzobispo Toribio de Mogrovejo recibió la confirmación de manos de quien años después sería santificado. En este tiempo no le faltaron ocasiones para ofrecer sus sufrimientos a Dios, unas tres veces tuvieron que llamar a un médico para que le tratase una postema en la oreja o por un dedo seriamente maltratado, la niña dio muestras de tal entereza que el facultativo se quedó impresionado mientras Rosa repetía una jaculatoria que la repitió durante toda su vida: "Jesús sea bendito; Jesús sea conmigo". Durante este lapso

sufrió dolorosas enfermedades como un reuma paralizó sus miembros y una tiña le cubrió la cabeza. Para curarle su madre decidió aplicarle unos polvos que alguien le recomendó, pero el efecto fue terrible porque se cubrió de llagas. Rosa no exhalaba ningún quejido, razón por la cual su madre casi no se dio cuenta del efecto sino cuando era grave y buscó ponerle remedio.

La voluntad de Rosa de Santa María de acompañar a Jesús en la redención del mundo, corresponde a una decisión asumida por ella y por todos aquellos que desean seguir por la difícil senda de la santidad con la entrega absoluta a Dios de su vida para dedicarla a la oración y al sacrificio en aras de la salvación de los pecadores. Este nivel de entrega resulta incomprendible para un profano, pero también para un creyente, si se juzga a partir de paradigmas que se desconoce o intuye, sin abrirse a lo que entraña el verdadero sentido del sufrimiento y el sacrificio ofrecido hasta el heroísmo, con una aceptación absoluta y sin fisuras de la voluntad de Dios.

Por otra parte, los sacrificios que realizaba Rosa se enmarcaban dentro del concepto de religiosidad de la época, se entendía que el dolor era esencial para el desarrollo espiritual, se acostumbraba el uso de silicios y en general, el tormento físico, como una manera de contribuir a la redención de los pecadores. De aquí la preferencia en toda la iconografía de la época por los cristos sangrantes. Es así como en el camino a la santidad significa desprenderse de los afec-

tos a las satisfacciones mundanas, en una dinámica en la cual el alma se va decantando de apetencias terrenas para alcanzar cimas donde el ascetismo se eleva y llega a la vida unitiva con el Señor.

Cuando Rosa retorno a Lima con su familia, su vida transcurrió silenciosa dentro de los muros de su hogar. Muy pocos conocieron de cerca las incidencias de su vida espiritual, apenas frecuentaba el convento de Santo Domingo a tres cuadras de su casa donde según algunas declaraciones en el proceso apostólico de san Martín de Porras conoció al santo lego. Aún dentro de su casa buscó un espacio oculto donde poder hallarse a solas y entrar en oración. Así es como con la ayuda de su hermano Hernando construyó una ermita. Sobre la vida retirada de Rosa ha escrito el poeta Luis Hernán Cisneros en su poema "Era una rosa blanca":

*Era un jardín cerrado  
al dolor del pecado,  
oculto a la inclemencia  
del mundanal ruido y abierto  
a la inocencia;*

*Era cual una lira  
que, vibrando en secreto como  
alma que suspira  
de ansiedad y ternura,  
llevaba sus acordes a la celeste  
altura*

*por un blanco camino  
que temblaba en las noches  
como un lirio divino.  
Era un jardín de rosas, cerrado  
y prisionero...*

Rosa crecía espiritualmente y también en hermosura, fiel a su promesa no deseaba usar adornos ni galas. Pero como es

natural, su madre deseaba verla arreglada como las otras doncellas y le invocaba constantemente a que se pusiese vestidos, adornos y aromas; hacía lo imposible porque se arregle el cabello a la moda de entonces, pero jamás pudo lograrlo, pese a que los castigos reiterados, incluso aporreos, pellizcos, tirones de los cabellos o azotes con una vara de membrillo; más podía su decisión. Pese a todo, tenía que aceptar ciertas exigencias, como la orden de que pusiese unos guantes para embellecer sus manos y no se los quitase, Rosa se los puso y cuando su madre le pidió que le muestre las manos, estaban totalmente ampolladas y quemadas por las sustancias que contenían los guantes.

En la faceta del sacrificio de Rosa de Santa María, podemos recordar algunos versos a santa Rosa de Luis Fernán Cisneros:

*¡Santa Rosa de Lima!  
Deja que el verso gima  
al evocar, perplejo, del duro  
sacrificio,  
las cerdas del cilicio  
con que ibas deshojando la flor  
de tu hermosura.  
para hacer de tu vida sólo un  
amor con alas;  
deja que cante el verso  
como fuiste ofrendándote al  
Dios del Universo.*

Todo lo sufría en silencio y procuraba que su rostro no manifestase sus sacrificios y ayunos. Había pedido a Dios que quedasen ocultos a los demás y realmente fueron muy pocos los que sabían algo de ellos; sin embargo, había aspectos de su vida que eran conocidos, pues su fama crecía en Lima y llega-

ba incluso a algunos lugares alejados en el Perú.

En su decisión de seguir la vida ascética tuvo una maestra por excelencia: santa Catalina de Siena. Siendo aún pequeña Rosa había escuchado una lectura de la vida de la santa dominica y se sintió identificada con su anhelo de servir a Dios por lo que sin ser religiosa decidió cumplir sus reglas. Pero su gran deseo sería fundar un monasterio bajo su advocación, así a los veinte años empezó a llevar el hábito dominico junto con otras doncellas que también anhelaban esa fundación; sin embargo, la creación del monasterio de clausura Santa Catalina, que actualmente existe en Lima, sólo se concretaría siete años después de su fallecimiento, esto es en 1624. Pese a ello, su vida se desenvolvía, en la medida de lo posible, como si estuviera en un monasterio de clausura. Evitaba el salir y las visitas, para concentrarse plenamente en la oración. El ejemplo de Rosa florecía en Lima y en la última década de su vida resolvió pedir el hábito de terciaria dominica para ella y otras ocho compañeras al padre Luis de Ojeda. Una víspera de Navidad se reunieron en casa de Rosa, ella y ocho doncellas: Luisa de Santa María; Catalina, Francisca y Felipa de Montoya (todas, excepto Felipa, ingresarían en el monasterio de Santa Catalina en 1624); además, Bartola López, Ana de los Reyes, María de Jesús y María Flores. Luego se les unirían otras mujeres. Prepararon sus velos, guirnaldas y palmas y al oír la campana de la Misa de Gallo se dirigieron a la iglesia de Santo Domingo donde depositaron en el altar de

la Virgen del Rosario sus ofrendas de guirnaldas y palmas y después de comulgar recibieron el hábito. Este semillero de virtud también contribuyó a la fundación del monasterio de Santa Catalina, del cual tanta certidumbre tenía Rosa de Santa María porque en una tableta de cera diseñó el plano y pronosticó que doña Lucía Guerra de la Daga había de ser la fundadora. Años después de la muerte de Rosa se fundaron otros monasterios bajo su advocación. En Lima Santa Rosa, en Chile, México y Guatemala.

Rosa de Santa María también dedicaría su tiempo a conseguir medios económicos para el sustento de su familia que era numerosa y muy pobre. Como dentro de las características de la época no había ingreso económico permanente, Rosa bordaba y cosía constantemente, pero la remuneración era escasa, pese a que dedicaba todo el día a esa labor, al mismo tiempo que oraba y cumplía las actividades de su casa y atendía a sus padres y hermanos. Durante la noche continuaba orando y haciendo sacrificios y dormía dos o tres horas.

En la vida ascética surgen dificultades y Rosa de Santa María las tuvo, por una parte las presiones de su propia familia a fin de que dejase ese camino que no entendían y consideraban que les hacía sospechosos ante la Santa Inquisición, por lo cual su madre constantemente la regañaba y comentaba que no estaba de acuerdo con las prácticas religiosas de su hija; pero también hubo religiosos que le aconsejaron que dejase ese camino, hasta que finalmente encon-

tró confesores que sí la pudieron orientar adecuadamente como el padre Diego Martínez, Luis de Bilbao, entre otros.

Amaba tanto la gracia que comentaba que "si supiéramos lo que era realmente, dejaríamos todo por procurarla". Por eso buscaba un espacio en su casa para retirarse y realizar su oración con tranquilidad. Según testificó una joven denominada Caterina, durante la última cuaresma de su vida vio que a las cinco de la tarde llegaba al jardín un ruiseñor al que Rosa le decía: "Pajarito ruiseñor alabemos al Señor, tú alaba a tu criador yo alabaré a mi salvador", entonces empezaba a cantar y cuando se callaba continuaba el ave cantora, y en este ejercicio se entretenían alrededor de una hora.

Sobre esta faceta relacionada con el himno de la santa a Dios, ha escrito Clemente Althaus:

*Aquí el florido y aromoso huerto  
donde, invitadas por tu voz, las  
aves  
al Señor tributaban un concierto  
de alabanzas y cánticos suaves;  
donde aun sus hojas con murmullo incierto  
y aun los insectos con zumbidos graves,  
como movidos por celeste encanto,  
acompañan tu inspirado canto.*

Para poder seguir su vida de oración y sacrificio sin tantas presiones en su hogar, los últimos cinco años de su vida Rosa de Santa María fue a vivir

con la familia de la Massa de connotado prestigio por su piedad y virtud: don Gonzalo de la Massa, su esposa doña María de Usátegui y sus dos hijas pequeñas: Micaela y Andrea, donde se la acogió como a otra hija. Sin embargo, constantemente acudía a casa de sus padres para apoyarlos y socorrerlos en sus necesidades, ya que las distancias de la Lima de entonces no eran mayores.

El amor al prójimo llevó a Rosa a acudir al remedio de diversas personas, aún en medio de su pobreza. Algunos episodios ilustran esta faceta: cierta vez su madre le dio varias varas de un lienzo que ella requería, pero como vio una gran necesidad en dos amigas, no vaciló en entregárselas. En otras oportunidades, ayudaba y curaba a personas enfermas, cierta vez se enteró de que una joven desamparada y sin atención médica yacía en el barrio de San Lázaro, la llevó a su casa y la acogió en una habitación de su madre alquilaba para tener un ingreso, pagando ella la renta, sin que nadie se entere, hasta que se restableció de una enfermedad repugnante. Rosa también acudía al hospital Sancti Spiritu próximo a su casa a visitar y curaba a los enfermos que a veces tenían enfermedades que les corroían el cuerpo, con el mismo ardiente afecto con el que amaba al Redentor. Dentro de sus posibilidades Rosa trataba de ayudar a personas necesitadas y por su intermedio muchos ayudaron a otros y ésta fue la razón por la que conoció a la familia de sus protectores, ya que Rosa les envió una carta solicitándoles su ayuda para una persona necesitada. Otras veces

acudía a casa de señoras que conocía cuando sabía que una esclava estaba enferma para atenderla e incluso se quedaba a veces algunos días, rasgo que sorprende en una época en la que los esclavos interesaban únicamente por su capacidad laboral.

La vida de Rosa de Santa María fue corta y su salud se fue menguando y después de veintidós días de una dolorosa enfermedad con terribles sufrimientos que se hicieron cada vez más agudos, en los que no obstante mantenía una admirable paciencia y confianza en Dios, entregó su alma. La noche del 23 de agosto se despidió de las personas que la rodeaban y pidió a Luisa de Santa María que "tocase la guitarra pasito y le cantase algo que le levantase el pensamiento", luego pidió a algunas jóvenes que estaban ahí que fuesen a orar. Poco antes de las doce y media se le escuchó decir: "Jesús, Jesús sea conmigo" y cerró los ojos. Rosa había pedido a Dios que dé paz a los que allí se encontraban y todos sintieron un gran consuelo y tranquilidad. Fue enterrada con el hábito dominico y fue acompañada por el Virrey, la Real Audiencia, todas las órdenes

religiosas, autoridades y toda la ciudad. Ocho días después se abrió el primer Expediente con los testimonios de su vida.

Así se extinguió la vida de la doncella peruana que influyó más que nadie en la evangelización del Perú y América, ya que su nombre se remontó sobre las estrellas y contribuyó a que muchas jóvenes y varones opten por la vida religiosa o cambien su vida en la búsqueda de la virtud y el bien guiados por el amor a Dios por sobre todas las cosas.

Para concluir, recordemos los versos de Luis Fernán Cisneros:

*Hace trescientos años que el  
jardín florecía  
y, lleno de perfumes florece todavía.*

Parafraseando podemos decir:

*Hace cuatrocientos años que el  
jardín florecía  
y, florece todavía en el fervor  
de una fe que se eleva.*

*Bajo la estela luminosa de  
Rosa, flor de santidad  
el aroma de su impronta asciende a los cielos*

*en ofrenda callada y a veces  
escondida en la vida retirada,  
en la plegaria y en la entrega  
virtuosa de santas vidas.*

Es así como las huellas de Rosa de Santa María han florecido a través del tiempo y cientos de mujeres y varones se han visto estimulados en la vocación de seguir con mayor entrega este difícil y a veces incomprendido camino que busca la perfección espiritual. Entre muchas otras exalumnas de la Unifé, recordemos a dos de ellas que en la última década se decidieron por optar por su entrega a Dios, ellas son: Karla Augusta Núñez Pezo quien ingresó en la congregación de las religiosas del Sagrado Corazón, que son las promotoras de la Unifé y Ana María Laura Huallpa quien ingresó al monasterio de clausura de las Carmelitas Descalzas. También recordemos a una secretaria: Amelia Jiménez Montoya, quien ingresó en el monasterio de Santa Catalina, cuya fundación fue incentivada por Rosa de Santa María.

Es así como Rosa de Santa María marca el camino a la santidad en tierra americana, en la ofrenda callada y escondida de la vida retirada.